



quido de bofetadas que suenan producidas por el choque violento de la palma de la mano de él contra la mejilla de ella. Oír también los gritos de dolor que lanzan ellas por la fuerte presión que ejercen los dedos de ellos sobre sus brazos y hasta sobre sus caras. No espere usted que ellas reaccionen contra estas humillaciones y les planten en mitad de la calle; todo lo más, se limitan a llamarles bruto, lo que los muchachos toman más bien por un cumplido. En resumidas cuentas, masoquismo y sadismo, en el que fatalmente la mujer es la víctima.

¿Es la mujer masoquista por naturaleza? ¿O simplemente por el ambiente que la rodea, que la hace asociar el amor con una humillante posición de víctima prociatoria del macho?

Créame, he hecho esta experiencia durante muchos domingos y el comprobar esto me da náuseas. Si este masoquismo colectivo de las muchachas es debido a la posición social de éstas, es deber de todos acabar con esta indignidad que sufre la mujer; pero si es verdad, si es natural en la mujer este gusto que siente por revolcarse en el suelo para ser pisoteada por el macho, más vale que las bombas atómicas nos liberen de una vez de tan asquerosa y humillante situación. ■ PILAR ROYO (Madrid).

YÁ NO HAY EMBROLLO

No sabe usted el consuelo que he sentido al leer, en la sección «Lectores» de la revista TRIUNFO, que tanto me gusta y me ha gustado siempre, la carta de don Vicent Franch i Ferrer, encabezada con el título «Maestros del embrollo».

Siempre me había considerado persona con una cultura de nivel medio que me permitía asimilar o por los menos entender cuanto su revista publicaba, por lo que me la he leído siempre de principio a fin.

Pero como este señor indica y algún otro también lo ha hecho, de poco tiempo a esta parte, esos «maestros del embrollo» se expresan de una forma que parece preparada para que nadie la entienda. Y digo que me ha servido de gran consuelo, porque iba yo suponiendo la pérdida de mis facultades intelectuales por la edad, y esta carta, tan enérgica y clara, me ha hecho concebir la idea de que no soy yo la que falla, sino los que escriben.

Y me animo a escribirle porque, como muy bien apunta el señor Franch, «por el camino de esa perfección se van perdiendo lectores, que era lo que en definitiva yo he venido haciendo, pues no había dejado de adquirir un solo número de su revista hasta que esos «maestros del embrollo» han conseguido (y sigo con el señor Franch) irritar a la «mayoría silenciosa» de los lectores de TRIUNFO, consiguien-

do, como digo, que dejemos de adquirir la revista para intentar encasillarnos en otra, cosa de la que he desistido, y al volver a TRIUNFO es cuando he tenido la ocasión de leer la magnífica carta del señor Franch.

Y noto que, por lo menos de este número, he podido «entender» todo, lo que me hace pensar que esa Dirección va teniendo en cuenta el clamor de esta «mayoría silenciosa» poniendo las cosas en su punto.

¿Cómo es que no nos suceden estas dificultades en articulistas de la talla de Haro Tecglen? ■ PILAR (Vitoria).

UN APAREJADOR Y LA CONSTRUCCION

Mi profesión es la de aparejador, y como don Luis Racionero (TRIUNFO, número 442) analiza la problemática de la «construcción» en los primeros párrafos de su artículo, creo que ha tenido un lapsus notorio, puesto que ese hueco que cree existe en la obra, por la falta de presencia constante en ella del arquitecto, falta debida a exceso de trabajo o a comodidad, y que soluciona con la elevación técnica de maestros de obra y encargados, desde principios de siglo está ocupado, y dignamente por cierto, por los aparejadores. Nuestra presencia en la obra es casi constante; nuestra formación técnica, lo suficientemente elevada como para resolver cualquier problema que en ella se presente sin recurrir para nada al arquitecto.

Supongo a Racionero enterado de la campaña a nivel nacional que estamos llevando para obtener oficialmente el reconocimiento de nuestra labor práctica, pues en la realidad llevamos la dirección de obra, pero oficialmente dependemos del arquitecto para llevarla a cabo. ■ CARLOS GOMEZ TENA (Barcelona).

JIMENEZ DE ASUA

Por muchos motivos, ahora demasiado proliferos de enumerar, y como asiduo lector de TRIUNFO, deseo expresar mi gratitud por cuanto en el número 443 de esa revista se publica en recuerdo y honra de don Luis Jiménez de Asúa, con ocasión del fallecimiento de este español en tierra argentina. Nada tengo que añadir, ya que el contenido del cariñoso artículo del profesor don Juan del Rosal sobradamente informa a todos los españoles de la categoría humana e intelectual de don Luis Jiménez de Asúa, que después de tantos años en el exilio, tan hondas resonancias todavía aporta a la fe y esperanza de muchos españoles. ■ LEOPOLDO GARCIA ORTEGA (Vigo).

POLEMICA

Mensajes desde "el Planeta azul"

Acabo de leer con estupor el artículo «Peligro en el Planeta Azul», firmado por P. Berbén. El citado artículo, a mi entender, no es más que una sarta de disparates. Para su autor, el hecho de que el doctor Rodríguez de la Fuente se interese por la etología y por la ecología es «ir de deslíz en deslíz». No diré que se trate de dos ciencias sumamente desarrolladas y formalizadas, pero es obvio que se apoyan en algunos puntos claramente establecidos mediante observación y experimentación. El doctor Rodríguez de la Fuente, de acuerdo con las necesidades de un programa de divulgación, no va prácticamente nunca más allá de estos puntos bien establecidos.

El señor Berbén muestra una saludable preocupación por lo que pueda interpretar el público en los mensajes que se le envían desde el programa «el Planeta azul». La doctrina de la selección natural le parece, por lo visto, intrínsecamente mala, como se lo parecía a los moralistas del pasado siglo. La lucha por la vida es, según él, un concepto creado para justificar necesidades imperialistas, y no aparecido, históricamente, en la praxis de una ciencia concreta, la biología, para explicar una serie de hechos fundamentales.

«Todo lo que un ser humano lleva a cabo como tal ha tenido que aprenderlo de otros seres humanos...». «La aproximación de las fieras en lo que son...». El señor Berbén prodiga las frases en que trata de establecer una neta distinción entre el hombre y los animales. Actitud antropocéntrica bastante antigua, no muy distinta de la de quienes juzgaran a Galileo. Por supuesto, el aprendizaje es importante en el hombre y, sin duda, también en los animales. Pero si «la noción del hombre malo por naturaleza» es pseudocientífica, la noción del hombre tabla rasa que defiende el señor Berbén no lo es menos (aunque tal vez sea más progresista).

Como biólogo, ignoro por qué procedimiento es posible hacer un programa de biología eludiendo conceptos como el de lucha por la vida. Y, sin embargo, aunque el señor Berbén me juzgue inconsecuente, no soy en absoluto partidario de la violencia bélica, no la deseo ni la admiro, ni siquiera la creo necesaria para el progreso de la especie.

El artículo del señor Berbén es puramente ideológico y especulativo, y responde a una visión muy esquemática de la realidad, a un moralismo de izquierdas tan carente como otro cualquiera. No pretendo defender el programa a que se refiere el artículo, pues no lo vi (aunque he visto otros de la misma serie). Sencillamente, me parece inadmisibles el modo en que se ha confeccionado la «crítica» del señor Berbén. Creo que ganaremos todos mucho más aún si

dicho señor se deja de sermonear sin fundamento y se lee algunos libros de biología. ■ JAIME TERRADAS (Barcelona).

(Hemos recibido en nuestra Redacción, también, una comunicación de doña Marina Mir, esposa del señor Terradas, que no publicamos por considerarla innecesaria, al abundar en la misma tesis.)



MANTE de la praxis, el señor Terradas (Jaime) demuestra la existencia de la agresividad con una carta agresiva. Permítame que crea que su agresividad epistolar es aprendida, sociocultural, política y no debida a la especie. Sin duda, entre esta ira y su confesado estupor («Estupor», Disminución notable de la actividad de las funciones intelectuales con la apariencia de aniquilación total de las mismas. Academia) han hecho desaparecer el rigor científico del sedicente biólogo. Defiendo un programa que dice no defender y que, además, no ha visto, lee lo que no he escrito, me atribuye para denigrarla una frase que no es mía («Todo lo que un ser humano lleva a cabo como tal ha tenido que aprenderlo de otros seres humanos...»), que en mi texto iba entre comillas y con cita de autoridad (Ashley Montagu, biólogo, genetista y antropólogo de fama mundial, y autor, entre otros muchos libros, de «Darwin, competición and cooperations»), y, en resumen, con la prisa por rebatir no se sabe qué, dice cosas que no se entienden. Trataré de ayudarle a entenderse y entenderme.

No considero que la doctrina de la selección natural sea «intrínsecamente mala». Trato de señalar el mal uso que se ha hecho de ella en sociología y en política a partir del momento mismo en que el gran genio científico de Darwin la anunciaba —recogiendo y centrando un pensamiento que le era anterior— y comenzaba a derivarse en los textos de Gobineau («Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas», 1853-1855), de Houston Chamberlain («Fuentes del siglo XIX», 1899), «Hombre y Dios», 1921), de Vacher de Lapouge (1854-1936, «Las selecciones sociales», «El ario, su papel social») y algunos otros que conducen directamente a la justificación científica del nazismo; que, tras un período de desprestigio, reaparecen ahora disfrazadas de biología y zoologismo por Ardrey, Lorenz, Mo-



Nenuco



**PRODUCTOS NENUCO,
EL PRIMER PLACER DEL RECIEN NACIDO**



UN MINI PARA EL MAS GRANDE

Manolo Santana también ha preferido Mini. Concretamente, una de las cuatro versiones que componen la gama definitiva de este popular vehículo, recientemente presentada por British Leyland Authi: el Mini 1000 de Luxe. British Leyland Authi y su concesionario oficial Autolandia han querido agradecer esta elección espontánea del gran tenista español con un animado cóctel, en el curso del cual se hizo entrega a Manolo Santana de su flamante Mini. Al simpático acto, celebrado en Autolandia, asistieron directivos de British Leyland Authi, especialistas de la prensa madrileña del motor y un distinguido público. Nuestro gran «Supermanuel» agradeció con unas cariñosas palabras el agasajo.

POLEMICA

rris y otros y llevan, supongo que insensiblemente, al doctor Rodríguez de la Fuente a asumirlas en un programa justamente visto, escuchado y admirado con evidente riesgo. No considero que la selección natural justifique las tesis de la agresividad humana, de la «depravación innata», de los «instintos asesinos» y otros. No acepto la idea del general Von Bernhardi de que «la guerra es una necesidad biológica, es tan necesaria como la lucha de los elementos en la Naturaleza; proporciona resultados biológicos justos, ya que sus decisiones descansan en la naturaleza misma de las cosas» («Germany and the next war», Nueva York, 1912; las dos guerras subsiguientes proporcionaron, sin duda, resultados biológicamente justos para Alemania).

Por otra parte, la idea de la «selección natural» es menos intangible de lo que cree Jaime Terradas. Muchos creen que la palabra «selección» es inadecuada por meliorativa. Concretamente, en el programa del doctor Rodríguez de la Fuente se difundía la idea de que la selección la supera «el mejor» (el más apto, el más fuerte) y muchos científicos niegan eso: la ameba, ciertas bacterias, ciertos virus, son más fuertes que el hombre. Jean Rostand suele decir que la evolución es un proceso negativo. Se han rectificado las teorías de Spencer acerca de que los supervivientes son el selecto de su generación» (1852). «Un constante tema de lunáticos del hampa intelectual del siglo XIX fue la idea de que la lucha y el desarrollo iban abriendo camino a una raza nueva y mejor que excedería del hombre como éste del gorila. La tarea de la ciencia social era facilitar este acceso por la eugenesia y otras reformas... El resultado final de todo esto fue Nietzsche y Shaw y el evangelio del superhombre» (Donald G. McRae, profesor de Sociología, Universidad de Londres). Pero este amplio tema excede de lo que puede tratarse aquí.

Por otra parte, si trato de establecer una diferencia neta entre el hombre y los animales, pese a la ira de mi corresponsal. Esta actitud no es antropocéntrica, ni tiene ninguna relación con quienes juzgaron a Galileo. Darwin tuvo la gran oportunidad de situar al hombre dentro de la Naturaleza como, en efecto, Galileo la tuvo de demostrar que la tierra no era el centro del Universo, pero Darwin no tuvo jamás la intención de identificar al hombre con el animal, y ningún sabio serio lo ha hecho. Existe hoy la idea de la «evolución ética» (emitida por Julian Huxley en las «Roman lectures» de 1945), en la que se señala la diferenciación del hombre. Citemos a Huxley: «Para bien o para mal, el mecanismo de la evolución se ha transferido principalmente al nivel social o consciente... Los métodos lentos de variación y de herencias han sido transformados por los procesos más rápidos de adquirir y transmitir experiencia. Y a medida que el mecanismo de la evolución cesa de ser ciego y automático y se hace consciente, la ética puede inyectarse en el proceso evolutivo. Antes del hombre, el proceso era meramente amoral. Quizá Julian Huxley (profesor de Zoología en el Balliol College, profesor y miembro investigador del Rice Institute en los Estados Unidos, profesor de Anatomía Zoológica en Oxford y en el King's Col-

lege de Londres, catedrático de Fisiología en la Royal Institution, director general de la UNESCO) podrá ser acusado como yo por el señor Terradas de idealista, esquemático, especulativo y tocado del cargante moralismo de izquierdas.

No defiendiendo la noción del hombre tabla rasa, como el irascible biólogo me acusa. La defendían, por cierto, Marx y Engels: «Los individuos siempre y en todas circunstancias han partido de sí mismos, pero como no eran únicos en el sentido de que no necesitaran mantener relación alguna los unos con los otros, como sus necesidades y por tanto su naturaleza y el modo de satisfacerlas los vinculaba entre sí (...), necesariamente tenían que entrar en relaciones (...). Entraban en intercambio unos con otros como lo que eran, partían «de sí mismos», siendo indiferente la «concepción de vida» que profesaran» («Anti-Dühring»). La idea del hombre partido «de sí mismo» no es hoy enteramente sostenible, y los modernos biólogos soviéticos (Rogulinski, Leontiev) llegan a la conclusión de que en un momento dado el «trabajo» ejerce una influencia decisiva sobre la evolución, que resulta modificada por la herramienta. Sobre ciertas formas de identificación de la Herramienta con el Arma (que reaparecen en el programa «Planeta azul») por parte de los biólogos de la agresividad habría también mucho que hablar.

Desgraciadamente, todos estos temas no pueden hacer más que apuntarse. Son mucho más amplios y profundos de lo que indica don Jaime Terradas. Sigo, por otra parte, su consejo tan sano de leer algo. Para trasladarlo a los lectores, cito algunos libros de divulgación que fácilmente pueden encontrarse en España. ■ PABLO BERBEN.

BIBLIOGRAFIA

KOSIK-LEONTIEV-LURIA: «El hombre nuevo». Ediciones Martínez Roca. Barcelona, 1969.

M. F. ASHLEY MONTAGU y otros: «Hombre y agresión». Kairós. Barcelona, 1970.

BARNET y otros: «Un siglo después de Darwin». Traducido y anotado por Faustino Córdón, dos volúmenes. Alianza Editorial. Madrid, 1966.

ROGER MUCHIHELLI: «Introducción a la psicología estructural». Editorial Anagrama. Barcelona, 1969.

LUCY MAIR: «Introducción a la antropología social». Alianza Editorial. Madrid, 1970.

JAMES F. RILEY: «Introducción a la biología». Alianza Editorial. Madrid, 1970.

JEAN CAZENEUVE: «Sociología de Marcel Mauss». Ediciones Península. Barcelona, 1970.

JOHN MAYNARD SMITH: «Teoría de la evolución». Ediciones Istmo. Madrid, 1970.

Entre los libros extranjeros de colecciones populares que fácilmente se pueden encontrar en las librerías españolas puedo citar los siguientes: En la Petite Bibliothèque Mayot, los dos volúmenes de «Variations et mutations sociales», de Gaston Bouthou; la «Histoire des doctrines politiques», de Mosca (capítulo 39); N. Tinbergen, «La vie sociale des animaux». En la Collection Idées, de Gallimard, «Biologie et structure», de Henri Laborit, y «L'homme et l'animal», de Buytendijk. Son libros complementarios: «Introduction a une politique de l'homme», de Edgar Morin, en la colección Politique de las Editions du Seuil, y «Race et histoire», de Claude Lévi-Strauss, en la Bibliothèque Médiations, de Gonthier.

Sobre este tema véase también el número especial de TRIUNFO (409): «El hombre, de la Naturaleza a la Historia».